

La Biblia en latín

La edición de este libro ha sido financiada por la Agencia Estatal de Investigación y forma parte del Proyecto «Práctica literaria y mitológica en el s. xv en Castilla. *Comento* y *Glossa* del Tostado y *Defensorium* de Cartagena: edición crítica y estudio», con referencia: PID2020-114287GB-I00.

1ª edición, 2025

© Álvaro Cancela Cilleruelo

© Del prólogo, Antonio López Fonseca

© Guillermo Escolar Editor S.L.

Calle Princesa 31, planta 2, puerta 2

28008 Madrid

info@guillermoescolareditor.com

www.guillermoescolareditor.com

Diseño de cubierta: Javier Suárez

Ilustración de cubierta: Viena, Österreichische Nationalbibliothek, cod. 652, fol. 1v

Maquetación: Equipo de Guillermo Escolar Editor

ISBN: 978-84-19782-82-3

Depósito legal: M-19714-2025

Impreso en España / Printed in Spain

Reservados todos los derechos. De acuerdo con lo dispuesto en el Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes, sin la preceptiva autorización, reproduzcan o plagien, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

Álvaro Cancela Cilleruelo

La Biblia en latín

Una introducción

**Guillermo
Escolar**
E D I T O R
Análisis y crítica

PRÓLOGO

LA BIBLIA EN LATÍN, *LIBER LIBRORVM CORRVTISSIMVS*

Si hay un libro cuya historia sea paradigmáticamente compleja es, sin duda, la Biblia. Las copias manuscritas, completas o parciales, en distintas lenguas, se cuentan por miles, así como sus ediciones impresas desde la primera debida a Gutenberg (Mainz, 1454-1455) hasta las actuales. Y no solo es compleja la propia materialidad del texto, sino su contenido, en torno al cual han girado en buena medida siglos de historia. Hablar de la historia de un texto como la Biblia, aunque sea solo de su versión latina, tradicionalmente simplificada a una oposición binaria entre *Vetus Latina* y *Vulgata*, intentar arrojar luz al complejísimo camino que ha recorrido atravesando el espesor de los siglos por las venas de la civilización puede antojarse empresa descabellada cuando no afán utópico, razón por la cual este libro adquiere una dimensión especial.

La complejidad de la historia de un texto que no dejó de copiarse a lo largo de los siglos, desde el punto de vista de su edición, nos lleva a una serie de implicaciones ecdóticas de alambicada resolución y a plantearnos su vinculación con los conceptos de «original» y «copia». Lo cierto es que cualquier texto medieval, y la mayor parte de las copias de la Biblia latina se realizaron a lo largo de la Edad Media, demuestra que la composición de una obra no ha sido nunca, ni en tiempos anteriores ni posteriores, un acto momentáneo, puntual, sino que en su elaboración pasa por una serie de fases sucesivas que van desde retoques mínimos, correcciones, adiciones o sustituciones hasta una pluralidad de redacciones distintas. Así pues, en las varias reescrituras o redacciones de una obra en vías de elaboración surgen variantes, las llamadas variantes de autor, que se definen como el conjunto de modificaciones, introducidas conscientemente, que reflejan los cambios de la voluntad compositiva del escritor. En esta fase de creación el texto se desarrolla en las diversas redacciones, hasta alcanzar la plena madurez en el momento mismo en que acoge la última variante del autor. Es entonces cuando tendríamos el «original», esto es, la forma del texto que materializa la voluntad, la última voluntad (aunque excepcionalmente pueden darse casos de una doble o triple última voluntad) expresiva del autor. Pero ¿tiene la Biblia un «original»? Más aún, ¿tiene un «autor»? Evidentemente, todas las variantes que se pueden originar en la

fase «creativa» serían auténticas, si es que se puede decir así hablando de la Biblia, y se opondrán a las variantes surgidas en la transmisión de la obra y debidas a copistas ajenos al autor, que obviamente no son auténticas. Es así como la experiencia ecdótica de los textos medievales y renacentistas nos remite a un original no acabado o único, sino punto de partida de un trabajo preparatorio largo y complejo. Y como quiera que ningún texto transmitido por copias manuscritas escapa a las faltas o errores, y esto es insoslayable, se impone al editor la tarea de eliminar todas y cada una de las alteraciones o innovaciones respecto al original, surgidas en el curso de su transmisión, con el fin de restituir el texto a su imagen genuina, en los términos, bajo la misma forma y orden dispuestos por el autor. Este es el fin primordial de las ediciones críticas que, basándose en todos los testimonios, van más allá de ellos para tratar de alcanzar el texto ideal, es decir, el texto original. Como ningún ser humano es capaz de reproducir a mano con perfecta exactitud un texto en escritura antigua de una cierta extensión, todos los textos sin excepción de la Antigüedad y de la Edad Media anteriores a la aparición e implantación de la imprenta nos han llegado con errores en sus páginas. Estos errores han de ser entendidos como todos los accidentes que alteran el texto originario (lagunas, transposiciones, etc.) que por cualquier motivo (daño material, distracción del copista, incomprensión del texto del modelo, etc.) pueden producirse en la serie de los actos de copia (lectura del modelo, memorización, dictado interior, ejecución material), de modo que nos alejan de la fuente del mensaje. En el caso de la Biblia, esta circunstancia adquiere una dimensión especial por el hecho mismo de que no es obra de «un» autor, ni siquiera de un tiempo, y de que no existe un «original» propiamente dicho que, además, en el caso de los libros más antiguos de la Biblia hebrea, se pierde en la noche de los tiempos en su primera composición.

El Antiguo Testamento es la primera parte de las biblias cristianas, constituida, a partir del *Tanaj* hebreo-araméo y de la versión griega denominada *Septuaginta*, por textos hebreos, arameos y griegos. Se añade con posterioridad una nueva serie de textos griegos denominada Nuevo Testamento. Mucho se ha debatido sobre los libros que la tradición nos ha legado que deben componer ambos Testamentos, cuáles deben ser excluidos o incluidos, lo que llevó a la consideración de apócrifos y deuterocanónicos de algunos de ellos. Pero, más aún, el propio concepto hoy vigente, desde el Concilio de Trento, de «Vulgata», no viene a coincidir siempre con el canon de distintos momentos. ¿Se ha conservado la Biblia sin cambios importantes a lo largo de la Historia? Obviamente la respuesta, por

más que haya opiniones enfrentadas, es que no, a pesar de lo cual la amplia mayoría de la cristiandad cree en la infalibilidad e inerrancia de la Biblia, que sería «perfecta», en su sentido etimológico, como palabra de Dios al hombre, idea que nos recuerda a la doctrina reformista de la *Sola Scriptura*, que, aunque de interpretación debatida, asume que el texto bíblico es la única autoridad infalible en la teoría y la práctica de la fe cristiana. Recordemos a este respecto que el propio Credo de Nicea afirma que el Espíritu Santo «ha hablado por medio de los profetas», Credo sostenido, con alguna variante, por católicos, anglicanos, luteranos, ortodoxos, si bien A. E. McGrath (*Christian Theology: An Introduction*, Oxford: Wiley Blackwell, ³2001 [1.^a ed. 1994], pág. 176) asegura que los reformadores no conectaron la cuestión de la inspiración con la inerrancia de los textos bíblicos. ¿De dónde procede la idea de que las Sagradas Escrituras son fieles, perfectas? Pues, básicamente, del número de copias supuestamente idénticas que se han realizado a lo largo de los siglos. Sabemos, por ejemplo, que los masoretas, esto es, los rabinos, maestros y escribas hebreos, llegaron a contar las palabras para evitar incurrir en errores. Frente a esta tesis, hay una corriente de pensamiento que apela a obviedades como las relacionadas con los problemas derivados de las traducciones de una lengua a otra, a la propia copia manuscrita, indefectiblemente unida al concepto de «error», o a las opiniones divergentes en cuestiones de dogma, de suerte que la Biblia no habría podido llegarnos como un volumen unitario, porque, además, no es «un» libro, «un» volumen, sino un conjunto de libros. Por poner algún ejemplo, recordemos que se documentan en los manuscritos de Qumrán todos los libros hebreos menos el de Ester, y no todos de la misma forma; o que los Evangelios apócrifos, en un intento de conservar la unidad doctrinal, no fueron incluidos en el canon. ¿Cómo podemos saber que el canon bíblico estaría completo? ¿No habría que revisarlo de forma detallada?

Los problemas de transmisión, y de ecdótica, no se han planteado por primera vez de forma reciente. El propio Jerónimo, a partir de su empresa traductora (a este respecto son fundamentales dos de sus cartas, la carta 57, a Pamaquio, sobre la mejor manera de traducir, y la 106, dirigida a Sunia y Fretela, sobre el Salterio y las corrupciones de la versión de la *Septuaginta*), fue testigo de ellos y de su alcance, tal y como deja reflejado en numerosos textos. Por citar solo algunos, de los no incluidos en la antología del presente volumen, en el prólogo a su versión de Esdras insiste sobremanera en los problemas generados por los errores de los copistas:

Si qui autem fratrum sunt quibus nostra non displicent, his tribuatis exemplar admonentes ut Hebraea nomina, quorum grandis in hoc uolumine copia est, distincte et per interualla transcribant. Nihil enim proderit emendasse librum, nisi emendatio, librariorum diligentia, conseruetur.

Si hay algunos hermanos a los que no les desagrada nuestro trabajo, les podéis dar un ejemplar, pero aconsejadles que transcriban los nombres hebreos, que abundan en esta obra, bien puntuados y con la separación adecuada. No servirá de nada haber dado una traducción correcta de este libro si los copistas no ponen ningún cuidado en mantener esa corrección.

O en el prólogo a su traducción de Job desde el hebreo, con una agresiva respuesta a sus críticos, calificados de «perros»:

Audiant quapropter canes mei, idcirco me in hoc uolumine laborasse, non ut interpretationem antiquam reprehenderem, sed ut ea, quae in illa aut obscura sunt, aut ommissa, aut certe scriptorum uitio deprauata, manifestiora nostra interpretatione fierent: qui et Hebraeum sermonem ex parte didicimus, et in Latino pene ab ipsis incunabulis inter grammaticos et rhetores et philosophos detriti sumus.

Que se enteren mis perros de que mi pretensión en esta obra no era censurar la interpretación antigua, sino aclarar con nuestra interpretación todo lo que en el original es confuso o está omitido o han malogrado los escribas con sus errores, pues para eso, de una parte, hemos aprendido la lengua hebrea y nos hemos bregado con el latín prácticamente desde la cuna con profesores de gramática, oratoria y filosofía.

O, por último, en el prólogo a su revisión, más antigua, de las Crónicas según la *Septuaginta*:

Nec hoc Septuaginta interpretibus, qui Spiritu Sancto pleni, ea quae uera fuerant, transtulerunt, sed scriptorum culpa ascribendum, dum de inemendatis inemendata scriptitant: et saepe tria nomina, subtractis e medio syllabis, in unum uocabulum cogunt, uel e regione unum nomen, propter latitudinem suam, in duo, uel tria uocabula diuidunt.

Pero esto no se le debe atribuir a los Setenta intérpretes, que, llenos del Espíritu Santo, trasladaron el texto auténtico, sino a la responsabilidad de los

escribas que copian errores a partir de otros errores: a veces, incluso, unen tres nombres en un solo vocablo, porque eliminan una sílaba del medio o dividen, debido a su ubicación geográfica, en dos o en tres vocablos el nombre único de una región.

A propósito de lo apuntado por Jerónimo en sus prólogos, son especialmente dignos de mención los comentarios de Alfonso Fernández de Madrigal, el gran exégeta del final de la Edad Media, sobre la corrupción de los textos latinos y la necesidad de acudir a los originales para comprobar su fidelidad. Solo parcialmente discute cuestiones relativas al Antiguo Testamento y las observaciones más interesantes las realiza a propósito del texto del Nuevo Testamento y los Evangelios. En concreto nos interesan los análisis que se concentran en las *quaestiones* IV (*Quomodo potuerit stare, quod cum libri Latini essent corrupti, deberent corrigi ex Graeco, et an sequeretur ex hoc Ecclesiam posse errare* [«Cómo podría sostenerse que, al estar corrompidos los libros latinos, debían ser corregidos a partir del griego, y si se sigue de esto que la Iglesia puede errar»]) y V (*An fuerit conueniens ista librorum correctio* [«Si fue conveniente esta corrección de los libros»]), de los *Commentaria in Prologo II*, que se corresponde con los comentarios al *Prologus sancti Ieronymi presbyteri in Euangelistas*, que comienza *Beato Papae Damaso* (seguimos en este punto la edición de J. M. Sánchez Caro, R. M.^a Herrera García y M.^a I. Delgado Jara, *Alfonso de Madrigal, el Tostado. Introducción al Evangelio según San Mateo. Edición bilingüe. Texto, traducción, introducción y notas*, Salamanca/Ávila: Universidad Pontificia de Salamanca/Diputación de Ávila, 2008 –*Alphonsi Tostati episcopi Abulensis Commentarium in sanctum Christi Euangelium secundum Matthaeum*–). A partir de la inerrancia del texto evangélico difundido y utilizado por la Iglesia de su época, intenta justificar la fidelidad e integridad del mismo, para lo cual entra de lleno en la cuestión de la corrupción de las versiones latinas y en si procede o no su comparación con el original griego, y lo hace a partir de las palabras de Jerónimo en el texto que comenta. No obstante, cabe preguntarse si su preocupación era realmente filológica (en consonancia con su propio proceder humanístico en cuestiones como la traducción y el comentario), o si, por el contrario, subyace una auténtica preocupación teológica. Porque, ¿cómo explicar que, si los textos han estado durante tanto tiempo corruptos, no se haya detectado error dogmático alguno en la Iglesia? Para dar una explicación recurre a la divinidad, pues es Cristo el que ha dado la inerrancia a la Iglesia universal, y no a cada una en particular, esto es, no podían estar corrompidos «todos» los textos del conjunto de la Iglesia, pues esta cir-

cunstancia habría imposibilitado la corrección de los corruptos. En efecto, el problema solo afectaba a los latinos, traducción de los griegos, entre los cuales sí había ejemplares libres de errores susceptibles de ser utilizados para subsanar los textos corruptos. Tras ofrecer una justificación desde el punto de vista teológico, aborda también la materialidad de los errores, que resume en tres, siguiendo las tres motivaciones que ya apuntaba Jerónimo: 1.º a causa de traducciones equivocadas, por incompreensión del griego que ocasionó una mala versión en latín; 2.º por intentos equivocados de corrección debidos a copistas inexpertos, que intervenían en el texto por causas teológicas, gramaticales, comparación con otros textos o influencia de las expresiones de los demás evangelistas a la hora de narrar el mismo pasaje; y 3.º por errores de copia, absolutamente inevitables. La forma de solventar los errores no puede ser otra que, en el caso del Nuevo Testamento, la consulta de los códices griegos, lengua original del texto, mientras que para los del Antiguo Testamento habría que recurrir a los originales hebreos. Y es que la versión que llegó a manos de Jerónimo era una versión en «tercer grado», como se verá en el siguiente texto, esto es, una versión griega a partir del original hebreo, a partir de la cual no uno sino múltiples intérpretes habían realizado las distintas versiones de la Biblia (*Vetus Latina*). Lo cierto es que, en el ámbito de la traducción, de entonces y ahora, cada versión implica un alejamiento, por mínimo que sea, del original y, si una versión se convierte a su vez en original de otra versión, el alejamiento y la posibilidad de incurrir en errores aumenta. En resumen, para discernir cuáles son las divergencias es insoslayable acudir a la fuente original y prescindir de las distintas versiones. Y a todo ello habrían de sumarse las supuestas, y probables, diferencias entre originales griegos y hebreos.

El comentario del Tostado al Evangelio de Mateo, el único que consagró a un libro del Nuevo Testamento (su monumental obra exegética está compuesta por los comentarios a los libros del Pentateuco, desarrollados a partir de una primera versión más reducida [A. López Fonseca y J. M. Ruiz Vila, *La exégesis bíblica entre Medievo y Humanismo. Estudio, edición y traducción de la Postilla super Genesim de Alfonso Fernández de Madrigal*, Madrid: Guillermo Escolar, 2024, págs. 34-44]), es su última obra exegética. Siguiendo la división en parágrafos de la edición de Sánchez Caro, Herrera García y Delgado Jara antes mencionada, así como su edición, en § 123 (págs. 386-387), Madrigal comenta las palabras de san Jerónimo *Tot enim sunt pene exemplaria quot codices* («Hay casi tantas versiones del texto como manuscritos», donde *exemplaria*, como se analiza en este volumen, es «tipos de texto», «formas del texto», no «ejemplares») y

dice: *Ista erat causa, quare Latinis codicibus non erat adhibenda fides, quia quilibet liber discordabat ab altero* («Esta es la causa por la que no había que dar crédito a los códices latinos, porque todos discrepaban»). Y en § 124 (págs. 390-391) comenta las siguientes palabras de Jerónimo: *Tertio gradu ad nos usque peruenit* («Ha llegado hasta nosotros en tercer grado»), y sigue diciendo él:

id est, Vetus Testamentum peruenit tertio gradu, usque ad nos, scilicet, tres editiones factae sunt, prima ab ipsis auctoribus Veteris Testamenti, et ista fuit in Hebraeo. Secunda a Septuaginta interpretibus, et ista fuit de Hebraeo in Graecum. Tertia fuit de Graeco in Latinum facta de translatione Septuaginta interpretum. Et ista non habuit a principio unicum translatores, quia multi de Graeco in Latinum transtulerunt, et in diuersis ecclesiis uaria exemplaria habebantur, ut ait Hieronymus in prologo super Paralipomen.

esto es, el Antiguo Testamento ha llegado en el tercer escalón hasta nosotros, es decir, se han hecho tres ediciones, la primera por los propios autores del Antiguo Testamento y esta fue en hebreo. La segunda por los intérpretes de la *Septuaginta* y esta fue del hebreo al griego. La tercera fue del griego al latín hecha a partir de la traducción de los intérpretes de la *Septuaginta*. Y esta no tuvo desde el principio un único traductor, porque muchos tradujeron del griego al latín y había diversos ejemplares en las diversas iglesias, como dice Jerónimo en el prólogo a las Crónicas.

Sumemos a esto que la afirmación del exégeta ya había sido apuntada por Agustín, y es que hay que distinguir entre oscuridad de un texto difícil, pero correcto, por un lado, y corrupción textual, por otro, tal y como aparece en *De doctrina christiana* (2, 42 [12, 18]): *Et alia quidem non obscura, sed falsa sunt. Quorum alia condicio est; non enim intellegendos, sed emendandos tales codices potius praecipendum est* («Otros pasajes, desde luego, no es que no sean claros, sino que están corruptos. La situación en que se encuentran estos pasajes es completamente distinta, porque tales manuscritos no hay que interpretarlos, sino más bien corregirlos»), porque no son lo mismo errores de copia que pasajes con una interpretación dificultosa; todo ello sumado a lo que el de Hipona afirmó en otro pasaje de la misma obra (2, 36 [11, 16]):

Qui enim Scripturas ex Hebraea in Graecam uerterunt, numerari possunt, Latini autem interpretes nullo modo. Vt enim cuiqui primis fidei temporibus

in manus uenit codex Graecus et aliquantum facultatis sibi utriusque linguae habere uidebatur, ausus est interpretari.

En efecto, los que vertieron las Escrituras del hebreo al griego pueden contarse, en cambio los intérpretes latinos en modo alguno. Pues, en los primeros tiempos de la fe, quien creía poseer algún conocimiento de una y otra lengua cometía la osadía de traducir el código griego que caía en sus manos.

El volumen que con estas líneas se prologa, salvo error u omisión por parte de quien las escribe, es la primera obra en español de estas dimensiones en que se aborda el estudio de la Biblia latina de manera amplia, pero también propedéutica, desde la acribia y el rigor filológicos. Sí se ha publicado recientemente un libro firmado por el gran especialista en el estudio de los libros sagrados, el profesor Julio Trebolle, titulado *Historia mínima de la Biblia* (Madrid: Turner, 2022), pero su enfoque es muy diferente, si bien no por ello menos interesante. En palabras del propio autor en la presentación (pág. 11):

Una historia de la Biblia debería dar a conocer las claves de la escritura de sus libros, rastrear la trayectoria histórica de Israel entre las grandes potencias de Egipto y Mesopotamia, trazar el recorrido de la religión de Israel hasta la consolidación del monoteísmo y examinar los escritos del Nuevo Testamento para esclarecer los orígenes y el desarrollo del cristianismo. Ha de dar cuenta también de la historia de la interpretación de las Escrituras en las tres religiones del libro –judaísmo, cristianismo e islam–, así como del influjo de la Biblia en la literatura y las artes, que a su vez han influido en el modo de leerla e interpretarla en cada época y lugar. Por último, ha de esclarecer la relación de la Biblia con la cultura o las culturas que ella misma contribuyó a crear.

Pues bien, en esta línea está estructurado el presente libro, en torno a nueve bloques: I. La Biblia antes de sus versiones latinas: el Antiguo Testamento; II. La Biblia antes de sus versiones latinas: el Nuevo Testamento; III. Las primitivas versiones latinas: la *Vetus Latina*; IV. La *Vulgata*: traducciones y revisiones (no siempre) jeronimianas y textos de la *Vetus*; V. *Vetus* y *Vulgata*; VI. La Biblia en la Edad Media; VII. La Biblia latina en la imprenta; VIII. De Trento a la edición científica de la Biblia; y IX. La *Vulgata* latina hoy: la *Nova Vulgata*. El conjunto se abrocha con unos utilísimos apéndices que facilitan sobremanera la comprensión de múltiples cuestiones relacionadas con la Biblia latina y que facilitan un «segundo